

# AL CASERÍO.



(CUADRO BASCONGADO)

Bajamos de la *charrette*, en un recodo que hace la bien cuidada carretera por la que se habia deslizado nuestro vehiculo como sobre el mejor entarimado, y sin que tuviésemos que sufrir, gracias á la esplendidez de aquella tarde de otoño, ni polvo, ni viento, ni frio ni calor.

En el recodo, formando línea con la carretera, se levanta una hermosa casería y desde la puerta de esta, arranca el camino que emprendimos y que unos metros más adelante va á perderse en la espesura. Ya en esta, un hilo de agua que corre casi escondido entre la maleza y cuyo murmurio apenas se hace perceptible á corta distancia, servíamos de guía hasta dar con nueva señal que trajera á nuestra memoria el recuerdo de haber transitado por aquellos agrestes lugares, dándonos á entender que no habíamos equivocado la direccion.

Andábamos con paso moderado, preservados de los rayos solares en largo trayecto por el túnel natural de la selva que nos prestaba ansiada sombra.

El bosque presentaba indecible encanto. Con el sombrero en la mano, la ropa desabrochada y la imaginacion volando en alas de la fantasía, sin dejar de caminar un momento, disfrutábamos con delicia del aire puro, del bonito paisaje, de las sorpresas que á cada instante ofrece la naturaleza, rodeando nuestros cuerpos de una sensacion de bienestar tan grande que dificilmente puede explicarse.

Mi compañero y yo apenas si nos dirigíamos la palabra.

Preferíamos aprovechar el tiempo en aspirar oxígeno puro para

contentar á los pulmones y darles la necesaria elasticidad. Y contentos y satisfechos continuamos la ruta sin acordarnos que hay un más allá de miserias y ambiciones que hacen al hombre tan desgraciado.

A la larga mi acompañante hubo de interrogarme:

—Si no me equivocas, dijo, este seto pertenece á la propiedad que vamos á visitar.

—Pues te equivocas, le contesté, porque yo recuerdo que hay que seguir la regata en toda su extension hasta la falda de la montaña, y una vez en esta desviarse á la derecha y subir á una pequeña colina en cuya cima se halla el caserío Berriozabal, nuestro objetivo.

Profusion de moras, de hongos y espinos se ven en aquel terreno; íbamos pisando el musgo ó por entre zarzas y follaje sin camino ni senda, borrados por la accion del tiempo, y procurábamos, á pesar de lo intrincado de la selva, no apartarnos de la línea del arroyuelo. Despejado un tanto el horizonte se presentó ante nuestra vista en el fondo del cuadro, una alta y extensa cordillera sin apenas vegetacion, y en alguna de cuyas secciones se veian infinidad de puntitos blancos denunciándonos la existencia de rebaños de corderos.

Las florecillas silvestres abundaban de tal manera á nuestro paso, que cogiendo á la ventura, acá y allá, formamos un precioso ramo.

Tras de un gran rato de marcha y á la aproximacion de la inmensa montaña, llegamos á terrenos labrantíos donde frondosos maizales y principalmente crecido número de manzanos cubriendo laderas y colinas, daban la nota dominante. Ciertos detalles hiciéronnos sospechar si habríamos entrado en jurisdiccion propia, cosa que á la verdad nos llenaba de júbilo, porque el aspecto del soberbio manzanal que teníamos delante era una bendiccion del cielo.

¿Sería el nuestro?

En tal caso, qué afortunada cosecha, y qué porvenir de *sagardua* nos esperaba!

—¿Y cuántas *cargas*, poco más ó ménos, crees tú que habrá aquí? —pregunté á mi compañero.

—Hombre, eso no puede calcularse así á ojo de buen cubero, pero ya te lo dirá mejor que yo el casero.

—Hum.... el ojo del casero enflaquece al amo, y si esto no es refran es cuando ménos verdad.

Estando en contemplacion del hermoso fruto, pasó junto á nosotros un muchacho que aguijoneaba á una vaca y al cual preguntamos:

—Chiquito, ¿es este el caserío Berriozabal?

—Sí señor, el mismo.

Cerciorados de que nos hallábamnos en casa propia, nos dedicamos á visitarla.

Reconocido el manzanal dirigímonos á la casería, por una empinada cuesta toda tapizada de suave musgo, y ante la puerta de la enorme vivienda, antigua casa solariega, apercibimos á un hombre de edad madura ocupado en encender su pipa.

No nos costó gran trabajo conocer á Juan Domingo, el casero, á pesar de que no le veíamos generalmente más que una vez al año, cuando se presenta el día de Santo Tomás á traer la renta, ó á decir que no la trae, que es las más de las veces.

Pero él, muy entretenido con su pipa, se hacia el sueco, y no daba señales de haberse enterado de nuestra presencia.

En los caseríos, los perros se encargan de avisar á tiempo, que recorre la jurisdiccion gente extraña.

Los caseros, sin mirar nunca ven siempre, y aunque aparentemente absortos en su faena agrícola, no se les escapa ni un mosquito.

Obstinado Juan Domingo en no vernos, fué preciso que nos acercáramos á boca de jarro y aun á trueque de aspirar el insoportable humo de la hoja de berza que fumaba, decirle:

—Hola, Juan Domingo, que tengas muy buenas tardes, ¿cómo estais todos?

—Buenas tardes, señor amo, *ya nos levantamos* (locucion que como la mayor parte de las bascongadas es intraducible).

—Me alegro, me alegro mucho, y dime: ¿qué tal de manzana?

Ya hemos visto el soberbio aspecto que presenta el manzanal y el buen cariz que ofrece el campo en general.

No es extraño, con la excelente otoñada que venimos disfrutando. Vamos, Juan Domingo, que lo que es este año no te quejarás.

—Señor amo, mejor sería que lloviese un poco. La manzana, ptssss... la manzana comienza por parecer algo y luego resulta que no es nada.

—Pero hombre, negarás lo que hemos visto con nuestros propios ojos, la hermosura del fruto y tan grande abundancia! ¿A qué precio has hecho el ajuste?

—Precio, precio, por ahí dicen que se ha pagado hasta seis duros la *carga*; el del caserío Pinchorro la ha vendido á cinco, y yo para

evitar que se me pudra el fruto al pié del árbol he tenido que cerrar el trato á cuatro duros y medio.

—Has hecho muy bien, y mejor todavía si la hubieses regalado, grandísimo atrevido, así saldrás más pronto de trampas.

—Qué quiere usted, señor amo, este caserío se encuentra lejos de todas partes, el fruto no es tan bueno como parece, el manzanal es viejo y los árboles están muy cansados.

—Mira, más cansado estoy yo de ti y sin embargo te aguanto y espero con santa resignacion que me pagues los atrasos. Te portas, Juan Domingo, veo que estás haciendo méritos para que yo te considere.

¡Adios, encantos de la naturaleza, delicias del improvisado paseo: el maldito positivismo con su lucha por la existencia venía á echar por tierra nuestro idilio! Y es claro, ya notábamos que el sol nos molestaba demasiado, que nuestros cuerpos estaban bañados en sudor, que la tarde avanzaba á paso de gigante, en fin, todos los inconvenientes de una larga caminata y no teníamos otro deseo que el de alejarnos cuanto antes de aquel lugar. Mas el casero insistió en la enumeracion de una serie de calamidades, precursora de un aplazamiento de la próxima renta, y no hubo más remedio que escucharle.

La vaca no daba leche, el ternero habia sido mal vendido, la mujer padecia reuma, la abuela no servia más que de estorbo, el maestro zurraba á los chiquillos en la escuela de la aldea, la cosecha de trigo ni siquiera alcanzó para alpargatas, el hijo mayor, el heredero de la hacienda, se emborrachaba con frecuencia, habia goteras en el tejado, el mejor tabique de la casa estaba resentido, la cuadra en estado deplorable, y lo más importante, que el sol no aparecia cuando se le llamaba y la lluvia anegaba la cosecha cuando no hacia falta.

El cuadro de las plagas de Egipto era una diversion comparado con lo que oímos de labios de aquel hombre.

Para cortar por lo sano, iniciamos el regreso en direccion distinta de la que habíamos llevado, y guiados esta vez por un chiquillo, hijo de Juan Domingo; mas apenas andados algunos pasos nos ocurrió volver la cabeza y notamos delante de la casa un enjambre de hombres, mujeres y niños en número hasta de veintidos, que para presenciar nuestra marcha se reunieron con sin igual contento, pues sabido es que la familia del casero no gusta de las visitas del amo, y que ni siquiera habian tenido la atencion de presentarse durante nuestra permanencia.

El chiquillo nos dijo que la mayor parte de aquella gente pertenecía á la familia de Juan Domingo y habitaba repartida los caseríos inmediatos.

Caminando, de vuelta, nuestras reflexiones se fijaron principalmente en la triste situacion del colono bascongado. Acabábamos de mostrarnos duros con el que cultivaba nuestra finca, habíamos pasado un mal rato al presenciar tanta desidia y abandono, pero más sosegados y tranquilos, la elocuencia de los hechos nos hacia convenir en que la pobreza del suelo, la inseguridad del clima, y el exceso de poblacion agobian la parte rural de nuestro país, obligándola á buscar en la emigracion los medios de subsistencia de que aquí carece.

Cansados estamos de oír pregonar que el casero es un hipócrita, que cuando segun costumbre, al hablar, se rasca la cabeza, está engañando al amo, que llora y finge males y desdichas que no siente, pero ello es que ninguno sale de pobre, y si se presenta alguna excepcion, seguramente que será en uno que ha regresado de la América y que entre centenares de emigrantes haya obtenido la categoría de indiano ó rico.

Condolidos en extremo, procuramos hacer variar de rumbo á nuestras ideas y poco á poco fuimos olvidando los sinsabores de la visita á Berriozabal y el lado práctico de la vida, para volver á admirar la parte pintoresca del paisaje y los variados tonos que nos ofrecia la puesta del sol en aquel magnífico día de otoño.

A la media hora de marcha ya no nos acordábamos de Juan Domingo ni de la manzana, y nuestra conversacion fluía sobre la conveniencia de la vida campestre y los excelentes resultados del ejercicio á pié.

Innecesarios los servicios del chicuelo, despues de divisado á un kilometro de distancia el pueblo al que encaminábamos nuestros pasos, le despedimos con una propineja que habia de dar lugar al enterarse sus hermanos, á una batalla campal.

En el pueblo nos aguardaba, hacia ya rato, la *charrette*.

La noche habia tendido su negro manto y no se veía más que la cinta blanca de la carretera por la que con la velocidad del rayo éramos arrastrados en nuestro vehiculo por el noble cuadrúpedo, ansioso de llegar al término de su carrera.

